Hacia la Fundación

Isaac Asimov

Traducción:
Álvaro Sánchez-Elvira Carrillo

Libros publicados de Isaac Asimov

1. Los propios dioses
2. El fin de la eternidad

LAS FUNDACIONES
1. Fundación
2. Fundación e Imperio
3. Segunda Fundación
4. Preludio a la Fundación
5. Hacia la Fundación

Título original: *Forward the Foundation*
Primera edición

© 1993 by Nightfall, Inc.

Ilustración de cubierta: Opalworks

Derechos exclusivos de la edición en español:
© 2010, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-612-4 Depósito Legal: B-30263-2010

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Printed in Spain — Impreso en España

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos. 10

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a
informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:
INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Para todos mis leales lectores

No podría haber escrito este libro hace cuarenta (o treinta, o veinte, ni siquiera diez) años. Porque, poco a poco, durante todo este tiempo, he seguido trabajando e investigando en el pasado del origen de la Fundación: Hari Seldon. Hoy hago uso del regalo que me ha otorgado la madurez: experiencia (algunos quizá lo llamen sabiduría, pero me abstendré de alabarme a mí mismo de manera semejante). Solo ahora soy capaz de ofrecerles a mis lectores a Hari Seldon durante el periodo más crucial y creativo de su vida. Lo cierto es que, a lo largo de los años, Hari Seldon se ha convertido en mi álter ego. En mis primeros libros, Hari Seldon era un personaje mítico, legendario; en HACIA LA FUNDACIÓN lo he convertido en alguien real.

ISAAC ASIMOV

Índice

Primera parte
Eto Demerzel..... 11
Segunda parte
Cleón I..... 99
Tercera parte
Dors Venabili.....181
Cuarta parte
Wanda Seldon..... 269
Quinta parte
Epílogo.....375

Primera parte
Eto Demerzel

Demerzel, Eto. […] Si bien no hay duda de que Eto Demerzel fue el verdadero poder gobernante durante buena parte del reinado del emperador Cleón I, los historiadores no se ponen de acuerdo respecto al carácter de su autoridad. La interpretación clásica es que fue uno más en una larga sucesión de opresores fuertes y despiadados en el último siglo del Imperio Galáctico antes de su división, aunque según ciertas opiniones revisionistas, el de Eto Demerzel fue un despotismo sin duda, pero uno benevolente. A este respecto se ha especulado mucho sobre su relación con Hari Seldon, aunque dicha relación permanecerá por siempre oculta tras una neblina de imprecisiones, en especial durante el extraño episodio de Laskin Joranum, cuyo meteórico ascenso...

—Enciclopedia Galáctica[1]

[1] Todas las citas de la Enciclopedia Galáctica reproducidas aquí se han extraído de la 116.ª edición, publicada en 1.020 E. F. en Términus por Ediciones Enciclopedia Galáctica, S. A., con permiso de los editores.

1

—Te lo repito, Hari —dijo Yugo Amaryl—, tu amigo Demerzel está metido en un buen lío. —Enfatizó la palabra «amigo» muy levemente, y la pronunció con un inconfundible tono de desagrado.

Hari Seldon detectó la amargura en su voz, pero no le prestó atención. Alzó la vista de su triordenador y dijo:

—Te lo repito, Yugo, eso es absurdo. —Y a continuación, con un ligerísimo matiz de irritación, añadió—: ¿Por qué me haces perder el tiempo insistiendo en ello?

—Porque considero que es importante. —Amaryl se sentó, desafiante. Era un gesto que indicaba que no iba a marcharse fácilmente. Aquí estaba, y aquí pensaba quedarse.

Ocho años antes era calorero en el sector de Dahl; era difícil caer más bajo en la pirámide social. Fue Seldon quien lo sacó de allí, quien lo convirtió en un matemático y en un intelectual. Y más que eso, quien lo convirtió en un psicohistoriador.

Nunca, ni por un minuto, olvidaba quién había sido y quién era ahora, y a quién tenía que agradecerle el cambio. Eso significaba que si debía hablar severamente a Hari Seldon —por su propio bien—, ningún tipo de consideración o sentimiento de amor o respeto por Seldon o por su propia carrera iba a detenerle. Le debía esa severidad, y muchas cosas más, a Hari Seldon.

—Escúchame, Hari —dijo, gesticulando en el aire con la mano izquierda—, por algún motivo que no alcanzo a comprender, tienes en muy alta estima al tal Demerzel, pero yo no. Nadie cuya opinión respete, excepto tú, tiene buena opinión de él. No me importa lo que le ocurra personalmente, Hari, pero mientras crea que a ti sí te importa, no tengo más remedio que hacértelo saber.

Seldon sonrió, tanto por la vehemencia de Yugo como por la que consideraba futilidad de su preocupación. Seldon apreciaba a Yugo Amaryl; de hecho, sentía algo más que aprecio por él. Yugo era una de las cuatro personas que había conocido durante el corto periodo de su vida que había pasado huyendo por todo el planeta

Trantor: Eto Demerzel, Dors Venabili, Yugo Amaryl y Raych. Cuatro personas totalmente distintas a las demás que había conocido hasta entonces.

Todos ellos eran, de una manera diferente, indispensables para él. En el caso de Yugo Amaryl, debido a su rápida comprensión de los principios de la psicohistoria y a sus imaginativas investigaciones en nuevas áreas. Resultaba reconfortante saber que, si algo le ocurría a Seldon antes de poder definir por completo las ecuaciones de la psicohistoria —y cuán lentamente progresaban, y cuán enormes eran los obstáculos—, habría al menos una mente capaz de continuar su investigación.

Seldon dijo:

—Lo siento, Yugo. No quiero parecer impaciente o rechazar de antemano eso que tienes tantas ganas de contarme. Es este trabajo; ser el director del departamento…

Fue el turno de Amaryl de sonreír; tuvo que reprimir una risilla.

—Lo siento, Hari; no debería reírme, pero no tienes aptitudes naturales para el puesto.

—Lo sé muy bien, pero tendré que aprender. Debe parecer que trabajo en algo inofensivo, y no hay nada más inofensivo que dirigir el departamento de Matemáticas de la Universidad de Streeling. Puedo estar todo el día ocupado en tareas sin importancia, y de ese modo nadie sentirá ningún interés por conocer o preguntar acerca de nuestra investigación psicohistórica, pero el problema es ese: que estoy todo el día ocupado en tareas sin importancia, y no me queda tiempo para… —Los ojos de Seldon recorrieron la oficina y el material almacenado en sus ordenadores, cuya clave solo él y Amaryl conocían. A pesar de todo, ante la posibilidad de que alguien llegara a descubrir el contenido de los ordenadores, dicho material había sido codificado en una simbología inventada que nadie más que ellos dos entendería.

Amaryl dijo:

—Cuando te hagas con tus responsabilidades, empezarás a delegar, y tendrás más tiempo libre.

—Eso espero —dijo Seldon dubitativamente—. Dime, ¿qué es eso tan importante que tenías que contarme sobre Eto Demerzel?

—Solo que Eto Demerzel, el primer ministro de nuestro gran emperador, está muy ocupado en crear una insurrección.

Seldon frunció el ceño.

—¿Por qué querría hacer eso?

—No he dicho que quiera hacerlo. Sencillamente, lo está haciendo, lo sepa o no, y con mucha ayuda de algunos de sus enemigos políticos. A mí me parece bien, la verdad. Creo que, en condiciones ideales, lo mejor sería que abandonara el palacio, que abandonara Trantor... que abandone el Imperio, por lo que a mí respecta. Pero tú lo tienes en alta estima, como ya he dicho, y por esto te advierto, porque me temo que no estás siguiendo la actualidad política tan de cerca como deberías.

—Tengo cosas más importantes en qué pensar —dijo Seldon.

—Como la psicohistoria. Estoy de acuerdo. Pero ¿cómo vamos a desarrollar una psicohistoria que tenga alguna posibilidad de éxito si no prestamos atención a la política? A la actualidad política, quiero decir. En este preciso instante el presente se está convirtiendo en el futuro. No podemos limitarnos a estudiar el pasado. Ya sabemos lo que ocurrió en el pasado. Pero solo podemos comparar nuestros resultados con el presente y el futuro cercano.

—Me da la impresión —dijo Seldon— de que ya he oído este razonamiento antes.

—Y lo volverás a oír. No parece que sirva de nada que te explique todo esto.

Seldon suspiró, apoyó la espalda en la silla y miró a Amaryl con una sonrisa. El joven podía llegar a ser brusco, pero se tomaba muy en serio la psicohistoria, y eso compensaba todo.

Amaryl aún lucía en su cuerpo las señales de su pasado como calorero. Tenía los hombros anchos y la complexión musculosa de alguien que llegó a acostumbrarse a un trabajo físico muy duro. No había permitido que su cuerpo se ablandase, y eso servía también para inspirar a Seldon a resistir el impulso de pasar todo su tiempo ante el escritorio. Seldon no tenía la fuerza física de Amaryl, pero no había perdido su destreza como luchador de torsión, aunque acababa de cumplir los cuarenta y no podría conservarla para siempre. Por el momento, sin embargo, seguiría entrenando. Gracias a sus ejercicios diarios, su cintura era aún esbelta, y sus brazos y piernas seguían siendo firmes.

Seldon dijo:

—Tanta preocupación por Demerzel no puede deberse simplemente a que sea amigo mío. Debes de tener algún otro motivo.

—No es ningún misterio. Mientras sigas siendo amigo de Demerzel, tu posición en la Universidad estará a salvo, y podrás seguir trabajando en la investigación psicohistórica.

—Ahí lo tienes. Sí tengo un motivo para ser su amigo. Parece que no es algo que te resulte imposible de comprender, después de todo.

—Te interesa tener buenas relaciones con él. Eso puedo entenderlo. Pero en cuanto a ser amigos… no, no lo entiendo. Sin embargo, si Demerzel perdiera poder, más allá de la repercusión que eso tendría sobre tu posición, Cleón tendría que gobernar personalmente el Imperio, y la velocidad de su declive aumentaría. La anarquía podría caer sobre nosotros antes de que pudiéramos comprender todas las implicaciones de la psicohistoria, y antes de que hayamos hecho posible que la ciencia salve a toda la humanidad.

—Ya veo. Aunque, a decir verdad, no creo que resolvamos todos los problemas de la psicohistoria a tiempo para evitar la caída del Imperio.

—Aunque no podamos evitar la caída, podríamos atenuar sus efectos, ¿no es así?

—Quizá.

—Ahí lo tienes. Cuanto más tiempo trabajemos en paz, más oportunidades tendremos de evitar la caída, o al menos de aliviar sus efectos. Por lo tanto,

puede que sea necesario salvar a Demerzel, nos guste —me guste, mejor dicho— o no.

—Y sin embargo acabas de decir que te gustaría verlo fuera de palacio, fuera de Trantor y lejos del Imperio.

—Sí, en condiciones ideales. Pero no estamos en condiciones ideales, y necesitamos a nuestro primer ministro, aunque sea un instrumento de represión y despotismo.

—Entiendo. Pero ¿por qué crees que el Imperio está tan próximo a desintegrarse que la pérdida de un primer ministro provocará la caída?

—Por la psicohistoria.

—¿La estás utilizando para hacer predicciones? Ni siquiera hemos establecido un marco de trabajo aún. ¿Qué predicciones puedes hacer?

—Existe algo llamado intuición, Hari.

—Siempre ha existido. Pero queremos algo más, ¿no es así? Queremos un tratamiento matemático que nos dé probabilidades de que se den determinados desarrollos futuros dada esta o aquella condición. Si la intuición basta para guiarnos, no necesitamos la psicohistoria para nada.

—No se trata de elegir entre una u otra, Hari. Yo te estoy hablando de ambas, de la combinación, que puede ser mejor que cualquiera de ellas por separado, al menos hasta que la psicohistoria esté perfeccionada.

—Si es que llega a estarlo alguna vez —dijo Seldon—. Dime, ¿de dónde proviene este peligro para Demerzel? ¿Qué puede dañarle o incluso derrocarle? ¿Estamos hablando del derrocamiento de Demerzel?

—Sí —dijo Amaryl, y de inmediato su rostro adoptó una expresión sombría.

—Entonces, cuéntamelo. Apiádate de mi ignorancia.

Amaryl enrojeció.

—Estás siendo condescendiente, Hari. Sin duda has oído hablar de Jo-Jo Joranum.

—Por supuesto. Es un demagogo… ¿de dónde es? De Nishaya, ¿verdad? Un mundo de muy poca importancia. Crían cabras, creo. Quesos de primera calidad.

—Así es. Sin embargo, no es solo un demagogo. Tiene muchos seguidores, y cada día se hace más fuerte. Su objetivo, según dice, es la justicia social, y lograr que el pueblo se implique más a nivel político.

—Sí —dijo Seldon—, he oído hablar de eso. Su eslogan es: «El gobierno pertenece al pueblo».

—No exactamente, Hari. Es: «El gobierno es el pueblo».

Seldon asintió.

—Bien, la verdad es que me parece un concepto admirable.

—A mí también. Estoy totalmente a favor. O lo estaría, si Joranum buscase eso en realidad. Pero no es así, tan solo es un peldaño en su camino. Es un medio para lograr un fin, no un fin en sí mismo. Quiere deshacerse de Demerzel. Después, le resultará fácil manipular a Cleón. A continuación Joranum reclamará el trono para sí mismo y él será el pueblo. Tú mismo me has dicho que ese tipo

de cosas han ocurrido muy a menudo a lo largo de la historia del Imperio, y últimamente el Imperio está más débil y es menos estable que nunca. Un golpe que hacía siglos simplemente lo habría hecho tambalearse podría destruirlo hoy. El Imperio se verá inmerso en una guerra civil y nunca se recuperará, y no podremos disponer de la psicohistoria para enseñarnos qué debemos hacer.

—Veo adónde quieres ir a parar, pero estoy seguro de que no va a ser tan fácil librarse de Demerzel.

—No sabes lo fuerte que es Joranum.

—Eso no importa. —Una sombra de duda pareció sobrevolar el ceño de Seldon—. Me pregunto por qué sus padres le pondrían un nombre como Jo-Jo. Parece un nombre algo juvenil.

—Sus padres no tuvieron nada que ver. Su verdadero nombre es Laskin, un nombre muy habitual en Nishaya. Él mismo eligió Jo-Jo, es de suponer que por la primera sílaba de su apellido.

—Parece algo ridículo, ¿no crees?

—No, no lo creo. Sus seguidores lo gritan: Jo… Jo… Jo… Jo… una y otra vez. Es hipnótico.

—Bien —dijo Seldon, al tiempo que se centraba de nuevo en su triordenador y se disponía a ajustar la simulación multidimensional que había creado—, veremos qué ocurre.

—¿Cómo es posible que te lo tomes tan a la ligera? Te estoy diciendo que el peligro es inminente.

—No lo es —dijo Seldon, con mirada firme y un matiz repentino de severidad en su voz—. No dispones de todos los hechos.

—¿De qué hechos no dispongo?

—Lo discutiremos en otro momento, Yugo. Por ahora, sigue con tu trabajo y deja que yo me preocupe de Demerzel y del Imperio.

Los labios de Amaryl se tensaron, pero la costumbre de obedecer a Seldon estaba demasiado arraigada.

—Sí, Hari.

No estaba arraigada hasta el punto de ser invencible, sin embargo. Dio media vuelta antes de salir y dijo:

—Estás cometiendo un error, Hari.

Seldon esbozó una sonrisa.

—No lo creo, pero ya he escuchado tu advertencia, y no la olvidaré. Todo irá bien.

Al mismo tiempo que Amaryl se marchaba, la sonrisa de Seldon desapareció. ¿Era cierto? ¿Iría todo bien?

2

Aunque no olvidó la advertencia de Amaryl, Seldon no pensó demasiado en ella. Su cuarenta cumpleaños llegó y pasó, acompañado del habitual golpe psicológico.

¡Cuarenta años! Ya no era tan joven. La vida ya no se extendía ante él como un terreno virgen e inexplorado cuyo horizonte se perdía a lo lejos. Llevaba ocho años en Trantor, y el tiempo había transcurrido con rapidez. Otros ocho años y tendría casi cincuenta. La vejez estaría ya llamando a su puerta.

¡Y ni siquiera había logrado un comienzo decente para la psicohistoria! Yugo Amaryl hablaba con entusiasmo de leyes y resolvía sus ecuaciones haciendo osadas conjeturas basadas en la intuición. Pero ¿cómo podría comprobar la veracidad de esas conjeturas? La psicohistoria ni siquiera era aún una ciencia experimental. El estudio completo de la psicohistoria exigiría experimentos que implicarían mundos habitados y siglos... y una absoluta carencia de responsabilidad ética.

La psicohistoria planteaba un problema imposible, y Seldon lamentaba tener que emplear tanto de su tiempo en tareas del departamento, por lo que cada día caminaba de vuelta a casa con gesto apesadumbrado.

Por lo general, siempre podía contar con que un paseo por el campus lo animase. La cúpula de la Universidad de Streeling era muy alta, y el campus daba la impresión de estar a la intemperie sin necesidad de soportar el tipo de clima que había experimentado en su primera (y única) visita al Palacio Imperial. Había árboles, césped y paseos, casi como si estuviera en el campus de su vieja Universidad en su mundo natal, Helicón.

Ese día se había dispuesto una ilusión de cielo encapotado, y la luz del sol (no había tal sol, claro está, tan solo la luz que emitiría) iba y venía a intervalos irregulares. Hacía un poco de frío, pero solo un poco.

Se le ocurrió que últimamente había más días fríos que antes. ¿Estaba Trantor ahorrando energía? ¿Estaba aumentando su ineficacia? ¿O acaso (y al pensarlo frunció mentalmente el ceño) estaba envejeciendo y notaba cada vez más

agudamente el frío? Metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y se encogió de hombros.

Por lo general no se molestaba en ser consciente de todos sus movimientos. Su cuerpo conocía perfectamente el camino que llevaba de su oficina a la sala donde tenía su ordenador y de allí a su apartamento, y el itinerario inverso. Normalmente emprendía el paseo con sus pensamientos muy lejos de allí, pero hoy un sonido se abrió paso a su percepción. Un sonido sin significado.

—Jo… Jo… Jo… Jo…

Era un sonido tenue y lejano, pero le hizo acordarse de algo. Sí, la advertencia de Amaryl. El demagogo. ¿Estaba en el campus?

Sus piernas se desviaron de su curso sin que Seldon tomara una decisión consciente y le llevaron a la pequeña colina del campus universitario, un terreno que se empleaba para ejercicios gimnásticos, deportes y actos de oratoria estudiantil.

En mitad del campus había un grupo de estudiantes que coreaban con entusiasmo. Sobre una plataforma había alguien a quien no reconoció, alguien que hablaba en voz alta y entonaba hábilmente sus palabras.

No era ese tal Joranum, sin embargo. Le había visto en la holovisión varias veces. Desde la advertencia de Amaryl, Seldon había prestado gran atención. Joranum era corpulento y sonreía con una especie de depravada camaradería. Su cabello era abundante, de color castaño claro, y sus ojos de color azul claro.

Este orador era de baja estatura, delgado, con una gran boca y cabello oscuro, y estaba armando un buen alboroto. Seldon no estaba prestando atención a su discurso, aunque oyó la frase «El poder de uno solo a muchos», y la respuesta que obtuvo en forma de un grito proveniente de muchas gargantas.

Estupendo, pensó Seldon. *Pero ¿cómo piensa conseguirlo? ¿Y va en serio?*

Estaba ya acercándose a la multitud, y buscó en ella a alguien conocido. Vio a Finangelos, un joven estudiante de matemáticas, de tez oscura y pelo rizado, un buen chico.

—Finangelos —gritó.

—Profesor Seldon —dijo Finangelos tras contemplarlo unos instantes, como si no reconociera a Seldon sin un teclado bajo sus dedos. Caminó hacia él—. ¿Ha venido a escuchar a este tipo?

—Solo he venido para averiguar a qué venía tanto ruido. ¿Quién es?

—Se llama Namarti, profesor. Habla en nombre de Jo-Jo.

—Eso está claro —dijo Seldon mientras escuchaba de nuevo el cántico. Por lo visto, comenzaba cada vez que el orador decía algo de especial significado—. Pero ¿quién es el tal Namarti? No me suena el nombre. ¿En qué departamento está?

—No forma parte de la Universidad, profesor. Es uno de los hombres de Jo-Jo.

—Si no es miembro de la Universidad, no tiene derecho a hablar aquí sin permiso. ¿Crees que lo tiene?

—Ni idea, profesor.

—Bien, vamos a averiguarlo.

Seldon se adentró entre la multitud, pero Finangelos lo detuvo.

—No monte un escándalo, profesor. Tiene esbirros.

Había seis jóvenes detrás del orador, muy separados entre sí, con las piernas abiertas, los brazos doblados y un gesto poco amigable en sus rostros.

—¿Esbirros?

—Por si hay problemas, ya sabe, por si alguien intenta algo raro.

—En ese caso, sin duda no es un miembro de la Universidad, y ni siquiera un permiso le daría derecho a traer a esos esbirros suyos aquí. Finangelos, envía una señal al cuerpo de seguridad de la Universidad. Deberían estar ya aquí, con o sin aviso.

—Supongo que no quieren problemas —murmuró Finangelos—. Por favor, profesor, no intente nada. Si quiere que vaya a avisar al cuerpo de seguridad, lo haré, pero por favor, espere a que lleguen.

—Quizá pueda poner fin a esto antes de que lleguen.

Seldon comenzó a abrirse paso. No fue difícil. Algunos de los presentes lo reconocieron, y todos podían ver el parche que llevaba en el hombro, que lo identificaba como profesor. Llegó a la plataforma, colocó las manos sobre ella y salvó los noventa centímetros de altura con un débil gruñido. Pensó, con tristeza, que hacía diez años podría haberlo hecho con una sola mano, y sin gruñido alguno.

Se enderezó. El orador había dejado de hablar, y lo miraba con ojos gélidos y recelosos.

Seldon dijo con tranquilidad:

—Su permiso para dirigirse a los estudiantes.

—¿Quién es usted? —dijo el orador. Habló en voz demasiado alta, y con evidente recelo.

—Soy un miembro del Claustro Universitario —dijo Seldon, alzando la voz a su vez—. ¿Me da su permiso?

—No tiene ningún derecho a interrogarme al respecto.

Los jóvenes situados tras el orador se habían acercado.

—Si no tiene un permiso, debo pedirle que abandone los terrenos de la Universidad inmediatamente.

—¿Y si no lo hago?

—Bueno, para empezar, el equipo de seguridad de la Universidad está en camino. —Se giró hacia la multitud—. Estudiantes —gritó—, tenemos libertad de expresión y de reunión en este campus, pero podemos perderla si permitimos que extraños sin los permisos adecuados celebren actos no autorizados…

Una pesada mano cayó sobre su hombro, y Seldon se estremeció. Dio media vuelta y vio que se trataba de uno de los hombres a los que Finangelos se había referido como «esbirros».

El hombre dijo, con un fuerte acento cuyo origen Seldon no pudo identificar de inmediato:

—Largo de aquí. Ahora.

—¿De qué serviría eso? —dijo Seldon—. El equipo de seguridad llegará en cualquier momento.

—En ese caso —dijo Namarti con una sonrisa feroz—, habrá disturbios. Eso no nos asusta.

—Claro que no —dijo Seldon—. Te gustaría que eso ocurriera, pero no habrá ningún disturbio. Os marchareis sin armar jaleo. —Se giró de nuevo hacia los estudiantes y se deshizo con un ademán de la mano que reposaba sobre su hombro—. Nos encargaremos de que así sea, ¿verdad?

Alguien entre la multitud gritó:

—¡Es el profesor Seldon! ¡Es buena gente! ¡No le hagáis daño!

Seldon detectó una cierta ambivalencia entre la multitud. Más de uno, lo sabía bien, disfrutaría de una buena pelea con el equipo de seguridad. Por otro lado, sin duda había otros que lo apreciaban personalmente y otros que quizá no lo conocieran, pero a quienes no les gustaría que se empleara la violencia contra un miembro de la facultad.

Se oyó la voz de una mujer:

—¡Cuidado, profesor!

Seldon suspiró y miró a los enormes jóvenes que se enfrentaban a él. No sabía si podría hacerlo, si sus reflejos eran lo bastante rápidos, si sus músculos eran lo bastante robustos, independientemente de su pericia en la lucha de torsión.

Uno de los esbirros se acercaba a él, repleto de confianza en sí mismo, claro está. Pero no muy rápidamente, lo que le dio a Seldon el tiempo que su envejecido cuerpo necesitaba. El esbirro extendió un brazo en gesto desafiante, lo que le facilitó las cosas.

Seldon cogió el brazo, lo retorció, lo dobló, lo alzó y luego lo bajó (con un gruñido; ¿por qué tenía que gruñir?), y el esbirro voló por los aires, propulsado en parte por su propia inercia. Aterrizó con un golpe seco en el borde exterior de la plataforma, con el hombro derecho dislocado.

Un grito de sorpresa se elevó proveniente de la multitud ante este inesperado giro de los acontecimientos. De inmediato estalló una erupción de orgullo institucional.

—¡A por ellos, profe! —gritó una solitaria voz. Otras la acompañaron.

Seldon se pasó la mano por el pelo y trató de no jadear. Con el pie hizo caer al esbirro de la plataforma; el desdichado gemía lastimeramente.

—¿Alguien más? —preguntó Seldon con una sonrisa—. ¿O preferís marcharos sin armar jaleo?

Seldon se encaró con Namarti y sus cinco matones, que vacilaron. Seldon dijo:

—Os lo advierto. La multitud está ahora de mi parte. Si intentáis atacarme en grupo os harán pedazos. Bien, ¿quién será el siguiente? Vamos. De uno en uno.

Había alzado la voz en la última frase, y movía los dedos de las manos, desafiándoles a avanzar. La multitud expresó con gritos su agrado.

Namarti permanecía impertérrito. Seldon se acercó a él y atrapó su cuello con el brazo. Los estudiantes comenzaban a ascender ya a la plataforma, y gritaban: «¡De uno en uno! ¡De uno en uno!», mientras se interponían entre los guardaespaldas y Seldon.

Seldon apretó con mayor fuerza la tráquea de su presa y susurró en su oído:

—Existe una manera de hacerlo, Namarti, y la conozco. Llevo años practicándola. Si haces un solo movimiento e intentas escapar, aplastaré tu laringe para que nunca más seas capaz de elevar la voz por encima de un susurro. Si valoras tu voz, haz lo que te digo. Cuando te suelte, ordena a tus matones que se marchen. Si dices algo más, serán las últimas palabras que pronuncies normalmente. Y si vuelves a pisar este campus, se acabaron los buenos modales. Terminaré el trabajo.

Seldon suavizó su presa momentáneamente. Namarti dijo con voz áspera:

—Largaos. Todos.

Los matones retrocedieron rápidamente, y echaron una mano a su compañero caído.

Cuando el equipo de seguridad de la Universidad acudió, algo después, Seldon dijo:

—Lo lamento, señores. Falsa alarma.

Abandonó el campus y reanudó su paseo de vuelta a casa con cierta amargura. Había descubierto una parte de sí mismo que no quería revelar. Era Hari Seldon, matemático, no Hari Seldon sádico, luchador de torsión.

Además, pensó con pesimismo, *Dors se enterará de esto.* De hecho, más le valdría contárselo él mismo, si no quería que Dors oyera una versión de la historia que hiciera que el incidente pareciera peor de lo que había sido.

Dors no estaría nada contenta.

3

No lo estaba.

Dors lo esperaba junto a la puerta del apartamento de ambos, en actitud paciente, con una mano en la cintura; tenía el mismo aspecto que cuando Seldon la conoció hacía ocho años en esta misma Universidad: delgada, esbelta, con pelo rizado de un color entre rojizo y dorado. Sus ojos eran muy bonitos, pero objetivamente no era especialmente atractiva, aunque Seldon nunca había sido capaz de evaluarla objetivamente después de los primeros días de su mutua amistad.

¡Dors Venabili! Eso es lo que pensaba Seldon cuando miraba ese rostro sereno. Había muchos mundos, incluso varios sectores del mismo Trantor, donde hubiera sido habitual llamarla Dors Seldon, pero a Seldon siempre le había parecido que eso impondría una especie de sello de propiedad sobre ella, y él no deseaba hacerlo, aunque dicha costumbre estaba en vigor desde los nebulosos días preimperiales.

Cariacontecida, con una ligera inclinación de cabeza que apenas perturbó la quietud de sus rizos, Dors dijo:

—Me he enterado, Hari. Dime, ¿qué voy a hacer contigo?

—Un beso estaría bien.

—Quizá, pero antes tenemos que hablar de esto. Pasa. —Los dos entraron y cerraron la puerta tras ellos—. Sabes, cielo, están mis clases y mi investigación... Aún estoy trabajando en esa aburrida historia del reino de Trantor, que tan esencial es para tu trabajo, según dices. ¿Debería dejarlo y dedicarme a ir de aquí para allá contigo, protegiéndote? Sigue siendo mi trabajo, después de todo. De hecho, es mi trabajo ahora más que nunca, dado que estás empezando a hacer progresos con la psicohistoria.

—¿Progresos? Ojalá fuera así. Pero no es necesario que me protejas.

—¿Ah, no? Envié a Raych a buscarte. Después de todo, te retrasabas y estaba preocupada. Normalmente me avisas cuando vas a llegar tarde. Sé que suena como si fuera tu canguro, Hari, y lo siento, pero es que soy tu canguro.

—¿Se te había ocurrido alguna vez, canguro mío, que de vez en cuando me gusta pasearme sin correa?

—¿Y si te ocurre algo, qué le diré a Demerzel?

—¿Llego tarde para cenar? ¿Hemos avisado al servicio de cocina?

—No. Estaba esperándote. Y será mejor que seas tú quien lo haga. Eres mucho más melindroso que yo en lo que respecta a la comida. Y no cambies de tema.

—¿No te dijo Raych que todo iba bien? ¿De qué tenemos que hablar?

—Cuando te encontró, controlabas la situación y regresó aquí antes que tú, pero no mucho antes. No he oído los detalles. Dime… ¿qué diablos estabas haciendo?

Seldon se encogió de hombros.

—Se estaba celebrando una reunión ilegal, Dors, y la dispersé. La Universidad podría haberse visto en muchos problemas innecesarios si no lo hubiera hecho.

—¿Y tenías que ser tú quien lo evitase? Hari, ya no eres luchador de torsión. Eres...

Seldon la interrumpió:

—¿Demasiado mayor?

—Para ser luchador de torsión, sí. Tienes cuarenta años. ¿Cómo te sientes?

—Bueno… algo agarrotado.

—No me extraña. Y uno de estos días, cuando intentes fingir que eres un joven atleta heliconiano, te romperás una costilla. Ahora, cuéntame qué ocurrió.

—Ya te he contado que Amaryl me advirtió que Demerzel estaba metido en un lío a causa de ese demagogo de Jo-Jo-Joranum.

—Jo-Jo. Sí, eso ya lo sé. ¿Qué es lo que no sé? ¿Qué ocurrió hoy?

—Había un mitin en el campus. Un adepto de Jo-Jo llamado Namarti estaba hablándole a la multitud…

—Namarti es Gambol Deen Namarti, la mano derecha de Joranum.

—Veo que lo conoces mejor que yo. En cualquier caso, estaba dando un discurso y no tenía el permiso adecuado. Supongo que esperaba que se produjera algún tipo de alboroto. Los disturbios les resultan muy útiles, y si fuera capaz de cerrar la Universidad, aunque fuera temporalmente, acusaría a Demerzel de acabar con la libertad de cátedra. Imagino que lo culpan de todo. Así que los detuve. Hice que se dispersaran sin armar jaleo.

—Estás orgulloso de ello.

—¿Por qué no debería estarlo? No está mal para un hombre de cuarenta años.

—¿Por eso lo hiciste? ¿Para saber si aún eras capaz de hacerlo a tu edad?

Seldon seleccionó con detenimiento el menú de la cena. Después, dijo:

—No. Me preocupaba de veras que la Universidad se metiera en líos. Y estaba preocupado por Demerzel. Me temo que la insistencia de Amaryl me impresionó más de lo que creí. Fue una estupidez, Dors; sé que Demerzel puede cuidar de sí mismo. No podía explicarle eso a Yugo, ni a nadie. Salvo a ti.

Seldon suspiró profundamente.

—No sabes lo aliviado que me siento de poder hablar contigo de ello por fin. Tú lo sabes, yo lo sé y Demerzel lo sabe. Nadie más, que yo sepa, sabe que Demerzel es intocable.

Dors tocó un contacto en un panel mural cóncavo y el comedor se iluminó con un tenue fulgor color melocotón. Juntos, los dos se dirigieron hacia la mesa, ya dispuesta con mantel, cubertería y vasos. Mientras se sentaban, llegó la cena; no solía retrasarse en exceso a esta hora de la noche. Seldon la recibió con agrado. Hacía tiempo ya que se había acostumbrado a no tener que frecuentar los comedores de la facultad.

Seldon saboreó los condimentos que habían aprendido a disfrutar durante su estancia en Micógeno, lo único que no habían detestado de ese extraño sector, dominado por los hombres y la religión, y anclado en el pasado.

Dors dijo quedamente:

—¿Qué quieres decir con «intocable»?

—Ya sabes. Que puede alterar las emociones. No lo has olvidado, ¿verdad? Si Joranum llegara a ser peligroso, podría ser —hizo un gesto impreciso con las manos— alterado. Podría ser obligado a cambiar de opinión.

Dors pareció incómoda; la cena continuó en un silencio poco habitual. Solo cuando terminaron de cenar, y los restos, junto con los platos y los cubiertos, cayeron arrastrados por el vertedor situado en el centro de la mesa (que a continuación se ocultó en silencio), Dors dijo:

—No sé si quiero hablar de esto, Hari, pero no puedo dejar que te dejes engañar por tu ingenuidad.

—¿Ingenuidad? —Seldon frunció el ceño.

—Sí. Nunca hemos hablado de esto. Nunca pensé que tendríamos que hacerlo, pero Demerzel no es perfecto. No es intocable. Puede ser dañado, y Joranum puede hacerle daño, ya lo creo.

—¿Hablas en serio?

—Claro que sí. No entiendes a los robots. O al menos a uno tan complejo como Demerzel. Y yo sí.

4

Siguió otro corto silencio, pero solo porque los pensamientos son silenciosos. Los de Seldon eran francamente tumultuosos, a decir verdad.

Sí, era cierto. Su esposa parecía saber mucho sobre robots, tanto que parecía casi increíble. Hari había reflexionado muchas veces sobre ello a lo largo de los años, hasta que se había rendido y había decidido apartar esos pensamientos a un rincón de su mente. Si no hubiera sido por Eto Demerzel —un robot—, Hari nunca hubiera conocido a Dors. Después de todo, Dors trabajaba para Demerzel; fue Demerzel quien «asignó» a Dors al caso de Hari hacía ocho años, para que lo protegiera durante su huida por los distintos sectores de Trantor. Aunque ahora era su esposa, su compañera, su media naranja, Hari aún se preguntaba de cuando en cuando qué extraño vínculo existía entre Dors y el robot Demerzel. Era el único ámbito de la vida de Dors respecto al que se sentía extraño, alejado, el único en el que sentía que su presencia no era bienvenida. Y todas esas reflexiones conducían a la duda más dolorosa de todas: ¿era por obediencia a Demerzel que Dors estaba junto a Hari, o por el amor que le tenía? Seldon quería creer que se trataba de esto último. Y sin embargo...

Su vida en común con Dors Venabili era feliz, pero esa felicidad tenía un precio, estaba sujeta a una condición. Esa condición era aún más rigurosa, si cabe, en virtud del hecho de que había sido establecida, no por un acuerdo o verbalmente, sino mediante un tácito entendimiento mutuo.

Seldon comprendía que en Dors encontraba todo lo que quería en una esposa. Cierto, no tenía hijos, pero nunca había esperado tenerlos, y, a decir verdad, no sentía un anhelo especial por tenerlos. Tenía a Raych, que era emocionalmente tan hijo suyo como si hubiera heredado el genoma seldoniano por completo; quizá incluso más.

El hecho de que Dors estuviera haciendo que Seldon pensase en ello rompía el acuerdo que les había dado paz y consuelo durante todos estos años, y Seldon sintió una punzada de resentimiento, tenue pero cada vez más intenso.

Sin embargo, ahuyentó una vez más estos pensamientos y estas dudas. Había aprendido a aceptar el papel de Dors como su protectora, y seguiría haciéndolo. Después de todo, era con él con quien ella compartía techo, mesa y lecho; no con Eto Demerzel.

La voz de Dors lo sacó de su ensimismamiento.

—He dicho que... ¿Hari, estás enfadado?

Seldon se sobresaltó un tanto, pues detectó un matiz de repetición en la voz de Dors, y comprendió que había estado encerrándose en sí mismo y alejándose de ella.

—Lo siento, querida. No estoy enfadado. No quería darte esa impresión. Me estaba preguntando cómo responder a lo que acabas de decir.

—¿Sobre los robots? —Dors pronunció la palabra con toda calma.

—Has dicho que no sé tanto sobre ellos como tú. ¿Cómo puedo responder a eso? —Hizo una pausa, y después añadió, en voz baja (pues sabía que estaba corriendo un cierto riesgo)—: Es decir, sin ofenderte.

—No he dicho que no sepas nada sobre robots. Si vas a citar mis palabras, hazlo con exactitud. He dicho que no entiendes a los robots. Estoy segura de que sabes mucho de ellos, quizá más que yo, pero no es necesario saber para comprender.

—Dors. Estás usando deliberadamente paradojas para fastidiarme. Una paradoja surge únicamente de una ambigüedad que resulta engañosa involuntaria o intencionalmente. No me gustan las paradojas en la ciencia y tampoco en una conversación informal, a menos que tengan un propósito humorístico, y no creo que sea el caso.

Dors rió como solía hacerlo, sin alzar la voz, como si considerara la risa demasiado preciosa para compartirla de forma excesivamente liberal.

—Por lo visto la paradoja te ha fastidiado hasta la grandilocuencia, y eres muy divertido cuando eres grandilocuente. Pero te lo explicaré. No pretendía fastidiarte. —Dors extendió la mano para acariciar la de Seldon, que reparó con sorpresa (y un cierto bochorno) en que había cerrado su mano en un puño.

Dors dijo:

—Hablas mucho de la psicohistoria. Al menos conmigo. ¿Lo sabías?

Seldon carraspeó para aclararse la garganta.

—Estoy a tu merced, a ese respecto. El proyecto es secreto, por su propia naturaleza. La psicohistoria no funcionará a menos que la gente a la que afecte no sepa nada sobre ella, así que solo puedo hablar de ello con Yugo y contigo. Para Yugo es una cuestión de intuición. Es un matemático brillante, pero tan dado a saltar a ciegas al abismo que me toca a mí ser cauto y hacerlo reflexionar. Pero yo también tengo ideas locas, y me ayuda oírlas en voz alta de vez en cuando, incluso aunque —sonrió entonces— esté bastante seguro de que no vas a entender ni una palabra de lo que te digo.

—Sé que soy tu caja de resonancia, y no me importa. Te lo aseguro, Hari, no me importa, así que no empieces a jurarte a ti mismo que cambiarás tu comporta-

miento. Claro que no entiendo tus matemáticas. Soy tan solo una historiadora, y ni siquiera una historiadora de la ciencia. Es la influencia del cambio económico sobre los desarrollos políticos lo que me mantiene ocupada ahora…

—Lo sé, y yo soy tu caja de resonancia respecto a eso, ¿o es que no te habías dado cuenta? Lo necesitaré para la psicohistoria cuando llegue el momento, así que sospecho que me serás de gran ayuda.

—¡Estupendo! Ya hemos establecido por qué estás conmigo. Sabía que no podía ser por mi etérea belleza. Ahora, déjame explicarte una cosa: a veces, cuando hablas de algo más que de razonamientos estrictamente matemáticos, me da la impresión de que entiendo adónde quieres ir a parar. Me has explicado varias veces lo que tú llamas la necesidad del minimalismo. Creo que eso lo entendí. Te refieres, según creo...

—Sé a qué me refiero.

Dors pareció dolida.

—No seas tan altivo, Hari, te lo pido por favor. No estoy intentando explicártelo. Quiero explicármelo a mí misma. Dices que eres mi caja de resonancia, así que compórtate como tal. Yo te he escuchado, ahora es tu turno. Es lo justo, ¿no crees?

—Quizá, pero si vas a acusarme de altivez cada vez que digo algo…

—¡Basta! ¡Cállate! Me has dicho que el minimalismo tiene una gran importancia para la psicohistoria aplicada; en el arte de intentar modificar un suceso no deseado y convertirlo en uno deseado, o, al menos, en uno menos indeseado. Dices que debe efectuarse un cambio mínimo, tan diminuto como sea posible...

—Sí —dijo Seldon con entusiasmo—, eso se debe a que…

—No, Hari. Soy yo quien lo está explicando. Los dos sabemos que tú lo entiendes. Necesitas el minimalismo porque cada cambio, cualquier cambio, tiene innumerables repercusiones secundarias que no siempre son permisibles. Si el cambio es demasiado grande y los efectos secundarios demasiado abundantes, el resultado se desviará enormemente de lo planeado, y será totalmente impredecible.

—Exacto —dijo Seldon—. Es la esencia de los efectos caóticos. El problema es si pueden efectuarse cambios lo bastante pequeños para hacer que la consecuencia sea razonablemente predecible o si la historia del ser humano es inevitable e inalterablemente caótica en todos sus aspectos. Fue eso lo que me hizo dudar, al principio, de que la psicohistoria fuera…

—Lo sé, pero deja que me explique. Que un cambio sea lo bastante pequeño no me preocupa. La cuestión es que cualquier cambio mayor que el mínimo es caótico. El mínimo necesario puede ser cero, pero si no es cero, sigue siendo muy pequeño, y sería un problema considerable encontrar un cambio que fuera lo bastante pequeño y aun así significativamente mayor que cero. Eso, bajo mi punto de vista, es lo que quieres decir cuando hablas de la necesidad del minimalismo.

—Más o menos —dijo Seldon—. Como siempre, el problema se puede expresar de manera más concisa y rigurosa en el lenguaje de las matemáticas. Verás…

—Ahórramelo —dijo Dors—. Dado que sabes eso sobre la psicohistoria, también deberías saberlo sobre Eto Demerzel. Lo sabes pero no lo entiendes, porque, aparentemente, no se te ha ocurrido aplicar las reglas de la psicohistoria a las leyes de la robótica.

Seldon respondió en voz baja:

—Me temo que no entiendo adónde quieres ir a parar.

—También él requiere minimalismo, ¿no crees, Hari? Según la primera ley de la robótica, un robot no puede dañar a un ser humano. Es la ley prioritaria para un robot normal, pero Demerzel es bastante especial, y, para él, la ley Cero es una realidad y tiene prioridad incluso sobre la primera ley. La ley Cero afirma que un robot no puede dañar a la humanidad como un todo. Sin embargo, eso deja a Demerzel en una situación tan difícil como la tuya cuando trabajas con la psicohistoria. ¿Lo entiendes?

—Empiezo a entenderlo.

—Eso espero. Si Demerzel tiene la capacidad de alterar las mentes, debe hacerlo sin provocar efectos secundarios no deseados. Y dado que es el primer ministro del emperador, los efectos secundarios de los que tiene que preocuparse son muy numerosos.

—¿Y de qué manera se aplica eso al caso que nos ocupa?

—¡Piénsalo! No puedes decirle a nadie (excepto a mí, claro) que Demerzel es un robot, porque te ha ajustado de modo que no puedas hacerlo. Pero ¿qué tipo de ajustes fueron necesarios? ¿Deseas decirle a la gente que es un robot? ¿Deseas arruinar su efectividad cuando dependes de su protección, de sus becas y de la influencia que ejerce silenciosamente en tu beneficio? Claro que no. El cambio que tuvo que hacer entonces fue muy pequeño, suficiente para evitar que te fueras de la lengua en un momento de entusiasmo o en un descuido. Es un cambio tan diminuto que no hay efectos secundarios reseñables. Así es como Demerzel gobierna el Imperio, por lo general.

—¿Y el caso de Joranum?

—Obviamente, es totalmente distinto del tuyo. Por los motivos que sean, Joranum se opone frontalmente a Demerzel. Es evidente que Demerzel podría cambiar eso, pero para ello tendría que retorcer la mente de Joranum de tal manera que se producirían resultados que Demerzel no podría predecir. En lugar de arriesgarse a dañar a Joranum, o a producir efectos secundarios que dañaran a otros y quizá a toda la humanidad, debe dejar a Joranum tranquilo hasta que pueda encontrar un pequeño cambio que sea lo bastante pequeño para resolver la situación sin provocar daño. Por eso Yugo tiene razón y por eso Demerzel es vulnerable.

Seldon había escuchado con atención, pero no respondió. Parecía ensimismado. Pasaron algunos minutos antes de que dijera:

—Si Demerzel no puede hacer nada, tendré que hacerlo yo.

—Si él no puede hacer nada, ¿qué puedes hacer tú?

—Es distinto. Yo no tengo que obedecer las leyes de la robótica. No tengo por qué preocuparme hasta la obsesión por el minimalismo. Y para empezar, debo ver a Demerzel.

Dors pareció un tanto intranquila.

—¿Es necesario? No sería muy inteligente proclamar el vínculo que os une.

—Hemos llegado a un punto en el que no podemos permitirnos el lujo de pretender que no existe vínculo alguno. Por supuesto, no anunciaré mi visita con trompetas y una aparición en la holovisión, pero debo verlo.

5

Seldon se descubrió a sí mismo rebelándose contra el paso del tiempo. Hacía ocho años, cuando llegó por vez primera a Trantor, podía actuar de inmediato. Lo único que tenía que perder era una habitación de hotel y lo que esta contenía, y podía ir allí donde desease en todo Trantor.

Ahora, debía asistir a reuniones departamentales, tenía decisiones que tomar y trabajo que hacer. No era tan sencillo desaparecer cuando le venía en gana para hacerle una visita a Demerzel, y aunque lo fuera, Demerzel tenía sus propias responsabilidades. No sería fácil encontrar un momento en el que los dos pudiesen reunirse.

Tampoco era fácil ver a Dors agitando la cabeza en gesto de preocupación.

—No sé qué pretendes, Hari.

Seldon respondió con impaciencia:

—Yo tampoco lo sé, Dors. Espero averiguarlo cuando vea a Demerzel.

—Tu primer deber es para con la psicohistoria. Él te lo dirá.

—Quizá. Pronto lo averiguaré.

Y entonces, en el mismo instante en que acordaba la hora para reunirse con el primer ministro, ocho días después, recibió un mensaje en la pantalla mural de su oficina escrito en caracteres un tanto arcaicos. El mensaje en sí también era francamente arcaico: «Solicito humildemente una audiencia con el profesor Hari Seldon».

Seldon contempló el mensaje con un gesto de sorpresa. Ese lenguaje tan pasado de moda no se utilizaba ni siquiera para dirigirse al emperador.

La firma tampoco se había imprimido de la manera habitual, que daba prioridad a la claridad. La rúbrica estaba adornada de modo tal que era perfectamente legible pero tenía al mismo tiempo un matiz de obra de arte ejecutada por un genio descuidado. La firma era: Laskin Joranum. Era Jo-Jo, que solicitaba humildemente una audiencia.

Seldon tuvo que echarse a reír. Resultaba evidente por qué había elegido esas palabras; era una manera de convertir una sencilla petición en un dispositivo para

estimular la curiosidad. Seldon no sentía un especial deseo por reunirse con él, o no lo había sentido de ordinario. Pero ¿a qué venía un mensaje tan arcaico y artístico? Quería averiguarlo.

Hizo que su secretaria fijara la hora y el lugar del encuentro. Sería en su oficina, eso estaba claro; nunca en su apartamento. Sería una conversación profesional, no un acto social.

Y tendría lugar antes de la reunión planificada con Demerzel.

Dors dijo:

—No me sorprende, Hari. Lesionaste a dos de sus hombres, y uno de ellos era su mano derecha. Arruinaste su mitin y lo hiciste quedar en ridículo a través de sus representantes. Quiere echarte un vistazo, y creo que lo mejor será que yo esté presente.

Seldon negó con la cabeza.

—Raych me acompañará. Conoce los mismos trucos que yo, es joven y activo. Aunque estoy seguro de que no necesitaré protección.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Joranum vendrá a verme al recinto de la Universidad. Habrá muchos alumnos cerca. No soy exactamente un personaje impopular entre los estudiantes, y sospecho que Joranum es el tipo de persona que hace sus deberes y sabe que estaré a salvo jugando en casa. Estoy seguro de que será muy amable, y que su actitud será amistosa.

—*Umm* —dijo Dors torciendo un tanto la comisura del labio.

—Y letal —concluyó Seldon.

6

El rostro de Hari Seldon permanecía imperturbable; inclinó la cabeza lo suficiente para expresar una razonable cortesía. Se había tomado la molestia de mirar unas cuantas holografías de Joranum, pero, como suele ocurrir, la realidad sin coraza, en constante movimiento en respuesta a los cambios de las condiciones, superaba cualquier holografía, por perfecta que fuera. *Quizá,* pensó Seldon, *es la respuesta del que observa «la realidad» lo que la hace diferente.*

Joranum era un hombre alto, al menos tanto como Seldon, aunque sus dimensiones eran mayores en otras direcciones. No se debía a su físico musculoso, pues daba una impresión general de flacidez sin llegar a ser gordo. Su rostro era redondeado, su espeso cabello más pardo que rubio, y sus ojos de color azul claro. Llevaba un mono de color apagado, y su rostro esbozaba una media sonrisa que creaba una ilusión de simpatía, aunque se las arreglaba para dejar bien claro, al mismo tiempo, que se trataba tan solo de eso, de una ilusión.

—Profesor Seldon —su voz era profunda y la mantenía estrictamente bajo control; era la voz de un orador—, encantado de conocerlo. Ha sido muy considerado por su parte permitir esta reunión. Espero que no le moleste que haya traído conmigo a un acompañante, mi mano derecha, aunque no le informara de ello de antemano. Es Gambol Deen Namarti. Tres nombres, como ya habrá notado. Creo que ya lo conoce.

—Así es. Recuerdo bien el incidente. —Seldon miró a Namarti con gesto un tanto sardónico. En su anterior encuentro, Namarti estaba dirigiéndose a los estudiantes reunidos en el campus universitario. Seldon lo contempló detenidamente, esta vez en condiciones más relajadas. Namarti era de altura media. Su rostro era delgado, y su piel cetrina. Tenía el cabello oscuro y una amplia boca. No lucía en su rostro la media sonrisa de Joranum, o cualquier expresión perceptible, salvo por una especie de recelosa cautela.

—Mi amigo el doctor Namarti, licenciado en Literatura Antigua, ha acudido por iniciativa propia —dijo Joranum, y su sonrisa se intensificó un tanto— para disculparse.

Joranum miró rápidamente a Namarti, que dijo en voz anodina, tras tan solo un leve temblor de sus labios:

—Profesor, lamento lo que ocurrió en el campus. No estaba al tanto de las estrictas normas que regulan los actos en la Universidad, y me dejé llevar un poco por mi entusiasmo.

—Es comprensible —dijo Joranum—. Tampoco estaba al corriente de su identidad, profesor. Creo que ahora todos podemos olvidar este asunto.

—Les aseguro, caballeros —dijo Seldon—, que no tengo ningún deseo de recordarlo. Este es mi hijo, Raych Seldon. Como ve, también yo tengo un acompañante.

Raych se había dejado bigote, uno negro y abundante, la marca que identificaba a los hombres dahlitas. No lo tenía cuando conoció a Seldon, hacía ocho años; entonces solo era un muchacho callejero, andrajoso y hambriento. Era de corta estatura, pero ágil y fibroso, y su rostro lucía el gesto altanero que había adoptado con el propósito de sumar unos centímetros espirituales a su estatura física.

—Buenos días, joven —dijo Joranum.

—Buenos días, señor —contestó Raych.

—Por favor, siéntense, caballeros —señaló Seldon—. ¿Puedo ofrecerles algo de comer o beber?

Joranum alzó las manos en gesto de amable negativa.

—No, gracias. No es una visita social. —Se sentó en el lugar que le indicaba Seldon—. Aunque espero que se produzcan algunas de esas visitas en el futuro.

—Si prefiere ir al grano, comencemos.

—Me he enterado, profesor Seldon, del pequeño incidente que ha consentido en olvidar con tanta amabilidad, y me preguntaba por qué se arriesgó a hacer lo que hizo. Tiene que admitir que fue algo aventurado.

—La verdad es que yo no lo vi de ese modo.

—Me temo que yo sí. Así que me tomé la libertad de averiguar todo lo posible sobre usted, profesor Seldon. Es usted un hombre muy interesante. De Helicón, según creo.

—Sí, nací allí. Está en los registros.

—Y lleva usted ocho años en Trantor.

—Eso también es de dominio público.

—Se hizo usted muy famoso entonces cuando presentó un artículo matemático sobre… ¿cómo lo llama? ¿Psicohistoria?

Seldon negó con la cabeza débilmente. Cuántas veces había lamentado esa indiscreción… Claro que por aquel entonces no sabía que era una indiscreción.

—Entusiasmo juvenil. No llegó a nada.

—¿De veras? —Joranum miró a su alrededor con gesto de complacida sorpresa—. Y sin embargo aquí está usted, director del Departamento de Matemáticas en una de las mayores universidades de Trantor, y solo tiene cuarenta años, según creo. Yo tengo cuarenta y dos, por cierto, así que no lo

considero mayor en absoluto. Debe usted ser un matemático muy competente para haber logrado tanto.

Seldon se encogió de hombros.

—No me atañe a mí juzgar eso.

—O quizá tiene usted amigos muy poderosos.

—A todos nos gustaría tener amigos poderosos, señor Joranum, pero me temo que aquí no encontrará a ninguno. Los profesores universitarios no suelen tener amigos poderosos, y, en algunos casos, no tienen demasiados amigos de ningún tipo. —Sonrió.

También lo hizo Joranum.

—¿No considera al emperador un amigo poderoso, profesor Seldon?

—Desde luego, pero ¿qué tiene que ver eso conmigo?

—Tengo la impresión de que el emperador es amigo suyo.

—Estoy seguro de que los registros le mostrarán, señor Joranum, que su majestad imperial me recibió en audiencia hace ocho años. El encuentro duró una hora, o menos, y no percibí en él signos de que me profesara una especial amistad. No he vuelto a hablar con él desde entonces, y tampoco lo he visto. Salvo en la holovisión, claro está.

—Pero no es necesario ver o hablar con el emperador para tenerlo como un amigo poderoso, profesor. Basta con ver o hablar con Eto Demerzel, el primer ministro del emperador. Demerzel es su protector, y, dado que lo es, podríamos decir que el emperador también lo es.

—¿Ha encontrado la supuesta protección del primer ministro Demerzel en algún lugar en los registros? ¿O cualquier otra cosa de la que pueda deducir que existe dicha protección?

—¿Por qué rebuscar en los registros cuando es de dominio público que existe un vínculo entre ustedes dos? Usted lo sabe y yo lo sé. Demos por hecho que existe y continuemos. Y, por favor —alzó las manos—, no se tome la molestia de desmentirlo. Es una pérdida de tiempo.

—En realidad —dijo Seldon—, iba a preguntarle por qué cree que Demerzel querría protegerme. ¿De qué le serviría?

—¡Profesor! ¿Está tratando de ofenderme suponiendo que soy ingenuo hasta ese punto? Ya he hablado de su psicohistoria. Eso es lo que Demerzel quiere.

—Y yo le he dicho que fue una indiscreción juvenil que no llegó a nada.

—Puede decir muchas cosas, profesor, pero no estoy obligado a creerlas. Hablaré con toda franqueza, si me lo permite. He leído su artículo original y he tratado de comprenderlo con ayuda de algunos matemáticos de mi equipo. Me aseguran que es un sueño de locos, absolutamente inviable…

—Estoy de acuerdo con ellos —dijo Seldon.

—Sin embargo, tengo la impresión de que Demerzel está esperando a que se desarrolle hasta el punto de poder utilizarse. Y si él puede esperar, también yo. Para usted, profesor, lo mejor sería que fuera yo quien esperase.

—¿Por qué?

—Porque Demerzel no permanecerá mucho tiempo en su puesto. La opinión pública le está dando la espalda. Es posible que, cuando el emperador se canse de un primer ministro impopular que amenaza con arrastrarlo en su caída, le busque un sustituto. Puede que incluso sea yo el elegido. Y usted seguirá necesitando un protector, alguien que se ocupe de que pueda trabajar en paz y que reciba los fondos necesarios para obtener todo el equipo y los asistentes que le hagan falta.

—¿Y usted sería ese protector?

—Por supuesto. Y por el mismo motivo por el que lo es Demerzel. Quiero una técnica psicohistórica precisa para poder gobernar el Imperio eficazmente.

Seldon asintió, pensativo, y aguardó unos instantes. Después, dijo:

—Pero en ese caso, señor Joranum, ¿por qué debería meterme en este asunto? Solo soy un académico, llevo una vida tranquila y empleo mi tiempo en actividades matemáticas y pedagógicas. Dice usted que Demerzel es mi protector actual, y que será usted mi protector futuro. Por tanto, puedo centrarme en mi trabajo. Resuelvan esto usted y el primer ministro. Gane quien gane, yo seguiré teniendo un protector, o al menos eso me asegura usted.

La sonrisa imperturbable de Joranum pareció apagarse un tanto. Namarti, junto a él, miró con su austero rostro a Joranum y pareció querer decir algo, pero la mano de Joranum se movió rápidamente; Namarti tosió y no dijo nada.

Joranum dijo:

—Doctor Seldon, ¿es usted un patriota?

—Por supuesto. El Imperio ha dado a la humanidad milenios de paz, o al menos tanta paz como ha sido posible, y ha fomentado un incesante progreso.

—Así es, pero lo ha hecho a un menor ritmo en el último siglo, o los dos últimos siglos.

Seldon se encogió de hombros.

—No he estudiado esos asuntos.

—No tiene por qué hacerlo. Usted sabe que, políticamente, el último par de siglos han sido un periodo de confusión. Los reinados imperiales han sido cortos, y en algunos casos los asesinatos los han acortado aún más...

—Podríamos incurrir en traición solo por hablar de esto —repuso Seldon—. Preferiría que no…

—Ahí lo tiene. —Joranum se recostó en su asiento—. ¿Ve lo inseguro que es usted? El Imperio está decayendo. Lo afirmo abiertamente. Los que me siguen lo hacen porque saben perfectamente que así es. Necesitamos a alguien junto al emperador capaz de controlar el Imperio, sofocar los impulsos de rebelión que parecen surgir por todas partes, dar a las fuerzas armadas el liderazgo natural que deberían tener, dirigir la economía…

Seldon hizo un impaciente ademán con el brazo para que Joranum dejara de hablar.

—Y será usted quien haga todo eso, ¿verdad?

—Esa es mi intención. No será tarea fácil, y dudo que haya muchos voluntarios, lo cual no es de extrañar. Demerzel, desde luego, no puede hacerlo. Con él, el declive del Imperio está acelerándose, y pronto se desintegrará por completo.

—¿Y puede usted detenerlo?

—Sí, doctor Seldon. Con su ayuda. Con la psicohistoria.

—Quizá Demerzel podría detener el declive con la psicohistoria, si la psicohistoria existiera.

Joranum dijo con serenidad:

—Existe. No finjamos que no es así. Pero su existencia no ayuda a Demerzel. La psicohistoria solo es una herramienta. Necesita un cerebro que la comprenda y un brazo que la empuñe.

—Y usted los tiene, ¿verdad?

—Sí. Sé cuáles son mis puntos fuertes. Quiero la psicohistoria.

Seldon negó con la cabeza.

—Puede quererla tanto como desee. No la tengo.

—Claro que sí. No voy a discutir sobre eso. —Joranum se inclinó hacia delante, como si quisiera insinuar algo al oído de Seldon, en lugar de permitir que las ondas sonoras se lo transmitieran—. Dice usted ser un patriota. Debo ocupar el lugar de Demerzel para evitar la destrucción del Imperio. Sin embargo, la manera en que eso ocurra podría debilitar gravemente al Imperio. No deseo eso. Usted puede aconsejarme sobre cómo hacer que la transición se realice sutilmente, sin provocar daños. Debe hacerlo por el bien del Imperio.

—No puedo hacerlo —dijo Seldon—. Me está acusando de poseer un conocimiento que no poseo. Me gustaría ayudarlo, pero no puedo.

Joranum se puso en pie repentinamente.

—Bien, ya sabe lo que opino y lo que quiero de usted. Piénselo. Le pido que piense en el Imperio. Quizá considere que le debe a Demerzel, esa plaga para tantos y tantos planetas de la humanidad, su amistad. Tenga cuidado. Sus acciones pueden socavar las bases del Imperio. Le pido que me ayude en nombre de los incontables seres humanos que habitan la galaxia. Piense en el Imperio.

Su voz se había convertido progresivamente en un poderoso y vibrante susurro. Seldon descubrió que estaba a punto de echarse a temblar.

—Siempre pensaré en el Imperio —dijo.

—Eso es lo único que le pido por el momento —dijo Joranum—. Gracias por acceder a verme.

Seldon contempló a Joranum y a su acompañante marcharse mientras las puertas de la oficina se abrían silenciosamente y ambos salían.

Frunció el ceño. Algo lo inquietaba, y no estaba seguro de qué se trataba.